

## EL MUÑECO DE NIEVE

Miro por la ventana de mi habitación y allí está, mirándome fijamente con sus ojos oscuros sin vida, esbozando una amplia y terrorífica sonrisa hecha a base de botones. Siento un escalofrío recorrer mi joven espalda, mas no es a causa del frío. La boca se me seca y mis extremidades, brazos y piernas, tiemblan de forma enfermiza. No puedo despegar la mirada del muñeco de nieve plantado en mitad del jardín por más que quiera. Es algo hipnótico sacado de un sueño convertido en pesadilla. No comprendo como algo tan banal y tan común en esta época del año puede causarme tanto miedo. Tal vez sea su horrible rostro, realizado por manos inexpertas que le han conferido un aspecto tétrico y amenazante. Tal vez sea el hecho de no saber quién lo ha hecho. Apareció ahí, de repente, hace apenas un par de horas, cuando la noche estaba avanzada y ningún niño o adulto en sus cabales se atrevería a pasear por la calle con las bajas temperaturas que nos afectan desde hace una semana. Es extraño todo lo que le rodea y mas extraño aun resulta la forma en que he dado con él.

Dormía de forma placentera, como todo niño de mi edad que al día siguiente debe madrugar para ir a la escuela. Nada de lo que me rodeaba podía afectar mi sueño. Sin embargo, no sé si soñaba o en realidad sucedió, comencé a oír como alguien pronunciaba mi nombre en un susurro repetitivo y distorsionado. Me incorporé lentamente, esperando oír de nuevo la voz, mas el silencio era absoluto. Lo achaqué a algo relacionado con lo que soñaba, aunque no recuerdo de qué se trataba. Con los ojos aun cerrados y la mente danzando en una nebulosa, me volví a tumbar lentamente en la cama. Pero, en seguida, antes de que me tumbase del todo, la voz se volvió a escuchar y atravesó mis oídos aun dormidos, los cuales despertaron tan rápido como el resto de mi cuerpo. No soñaba, no era producto de mi imaginación. Alguien estaba llamándome y lo hacía de forma insistente, como intentando acaparar mi atención. Pensé en mis padres, mas lo ronquidos que provenían de la habitación de al lado me

confirmaban que estaban sumidos en el más profundo de los sueños. ¿Quién entonces quería despertarme en mitad de la noche y con qué propósito? Entonces miré por la ventana, no sin antes limpiar los cristales empañados con la manga de mi pijama, y allí estaba, plantado en mitad del jardín, sonriendo como lo hace en estos momentos, pronunciando mi nombre como el que reza una triste plegaria. El corazón comenzó entonces a bombearme a toda velocidad y el terror se instaló en mi joven cuerpo sin visos de querer marcharse. Me pareció oír una risa, malévola y estridente. No pude hacer menos que apartarme de la ventana, sin despegar la mirada de los cristales y con la mente totalmente abotargada por el miedo. Corrí a la cama y me escondí entre las sabanas y la manta, temblando como el chiquillo que soy, repitiéndome que todo era un sueño, una pesadilla demasiado real como para ser verdad. Pero he de decir que mi nombre seguía sonando por la habitación e introduciéndose en mis vírgenes oídos con el propósito de atacar mi cerebro y volverme loco.

Han pasado un par de horas desde entonces, y no he dejado de mirar de forma intermitente por la ventana. Su voz ha cesado, lo que agradezco enormemente, mas su presencia cada vez se muestra más amenazante. No estoy seguro, pero juraría que ha debido moverse unos pocos metros desde la posición en la que le vi por primera vez. Tal vez esté desvariando y esto no sea más que una especie de alucinación que mi dormido cerebro me está jugando. Es una explicación que apenas tiene cabida en mis pensamientos. Es demasiado tiempo el que está durando este espejismo, esta pesadilla, si es que se trata de eso, lo cual ya dudo. Impasible, dirige su mirada vacua a mi persona. Sabe que estoy aquí, que le observo, que siento terror ante su presencia, que no puedo dar crédito a lo que sucede y que cada vez me veo más atraído por su figura fantasmal. Oigo de nuevo su voz, pero esta vez suena dentro de mi cabeza. Lo sé, la siento revolotear por mi cerebro y rebotar en las paredes mi cráneo. La distorsión de su timbre hace rechinar mis dientes y cerrarme los ojos tan fuertes como puedo. No quiero ver nada. No quiero oír nada. Solo quiero que esto termine de una vez, que el muñeco se derrita y desaparezca para siempre. Necesito dormir, olvidarme de toda esta experiencia, ver amanecer un nuevo y frío día en el que las

cosas son como deben ser. Porque ¿qué es lo que quiere de mi? No puedo comprenderlo. Tampoco entiendo porqué me ha elegido a mi de entre todos los niños que hay en esta ciudad. ¿Qué es lo que hecho para estar sufriendo esta situación? Su voz cada vez suena más intensa y potente, pinchando mis nervios y enrojeciéndolos hasta no poder más. Tiemblo, me mareo, vomito la cena en el suelo. Me encuentro mal. El muñeco de nieve me llama. Quiere que vaya a su lado, que este con él, que le acompañe en esta gélida noche de invierno. Quiere enseñarme algo. Hay algo que quiere que vea, que compruebe por mi mismo, y soy el único elegido de entre todos los niños de esta apestosa ciudad que puede verlo. Es un privilegio, un regalo por haberme portado tan bien. Porque si, porque soy un buen chico que nunca ha dado problemas, que nunca se ha metido con nadie. Demasiado pardillo, pero los pardillos también tienen su recompensa de vez en cuando. No siempre, pero a veces ganan, y esta vez me ha tocado. Esta vez seré yo quien dé envidia a los demás y no al revés. Espérame, en seguida estoy contigo, señor muñeco. Quiero que me enseñes eso por lo que tantos matarían. Por fin tendré algo que contar en la escuela, algo digno de mención, que acaparará la atención de todos mis compañeros. Estúpidos.

Sin apenas hacer ruido y con el mayor sigilo que mi cuerpo me permite, salgo de la habitación sin poder remediar que las viejas maderas crujan bajo de mis pies desnudos. Por suerte se trata de un ruido no demasiado estruendoso como para molestar el apacible sueño de mis progenitores, los cuales continúan roncando, a cada cual mas fuerte. Salgo a la calle y aunque el frío me recibe con la fuerza de una bofetada en la cara, no cejo en mi empeño de encontrarme con el muñeco de nieve. Algo sorprendente me espera, algo increíble y digno de contar a todo aquel que quiera escucharlo. Su voz repica en mi cabeza y la adormece en un continuo cosquilleo que me hace sentir bien. No pienso, no siento. Solo quiero estar a su lado. Ahí está, esperándome. Blanco, con manchas de tierra y barro, pero igualmente imponente. Una figura que destaca entre tanta oscuridad. Me mira, me siento observado. Me llama, me dice que me acerque, que no tenga miedo, que todo pasará en seguida, que vale la pena soportar el frío. No puedo contener la emoción y

vomito de nuevo lo poco que quedaba en mi estómago sobre la blanca superficie que cubre el suelo. Tiemblo, pero no hago caso de lo que mi cuerpo, por su parte, se empeña en hacer sin consentimiento mío. No importa. Dentro de poco seré el muchacho más afortunado de esta ciudad de mierda. Mi cabeza no responde. Mis pies, congelados y de un enfermizo tono amoratado, me acercan hasta donde está el muñeco. Me sitúo a su lado y lo observo con detenimiento. Su aspecto es aun más terrorífico que desde la ventana. Parece que despierto de mi hipnosis, de un sueño dentro de la pesadilla, mas mis pies no quieren moverse. Permanezco petrificado a su lado, con el frío congelando cada uno de mis músculos. De pronto vuelvo a sentir terror, pánico, miedo, mas ya es demasiado tarde, no hay vuelta atrás. No puedo. Es el pavor quien impide que me mueva o algún poder oculto que el muñeco de nieve está utilizando. “No te preocupes, apenas notarás nada. Aquí estás. No sentirás dolor. Que bien que hayas venido. Jugaremos. Nos divertiremos. No sentirás dolor. No sentirás nada. Estoy muy solo. ¿Quieres jugar? Jugaremos. Juguemos. No sentirás dolor. Lo prometo. Mira mi estómago. Hay algo que quiero que veas, que sientas, que no olvides, mi querido muchacho. Mira mi estómago. Algo te espera. Una sorpresa, tal vez. Algo que te gustará, o no.” Mi cabeza es un hervidero de voces cacofónicas, estridentes que me impiden pensar con claridad, que me incitan a abrirme el cráneo y dejar escapar toda la podredumbre que ahí se almacena. Sangrar, dejar correr el líquido rojo, morir a los pies de mi amigo, de mi ejecutor, de mi verdugo... qué digo, qué pienso, qué siento,... No soy yo quien habla, sino este ser, este muñeco de nieve horrible que me dice que mire su estómago. Está bien, miraré tal parte, le contentaré. ¿Será lo último que vea? ¿Será el prólogo a mi muerte? ¡Papa!... ¡Mama!... ¡Ayudadme, por favor! Solo quiero volver a mi cama y dormir; dormir hasta el día siguiente y continuar con mi gris existencia. Sólo soy un chico que quiere seguir viviendo.

Clavo la mirada en su estómago y mi boca se abre con la intención de gritar, mas no puedo. De mi garganta apenas salen un par de quejidos ahogados que no producen sonido alguno. Mi cerebro salta dentro de mi cabeza y

se da la vuelta. Ya nada tiene sentido, si es que alguna vez lo tuvo. Soy un niño, soy adulto. Me pierdo en los gritos sin sentido de una verdad irrefutable. Sangre, sangre y sangre que se acumula que se desborda y que mancha la superficie blanca del muñeco. La muerte se acerca para llevarme consigo, mas no puedo hacer otra cosa que permanecer quieto y dejar que me absorba. Me encuentro dentro del muñeco. Estoy en su tripa, mientras me observo desde fuera. Grito dentro y grito fuera. El frío me atenaza, y el miedo, y la sensación de no ser quien soy, de no creer lo que veo, de sentir lo que no siento. La vida se me escapa, al igual que la sangre que me cubre en el estómago de la pesadilla de hielo. No me veo, pues estoy dentro y aquí permanezco. La vida se va y todo lo que conocí se convierte en oscuridad.